

Análisis político mapuche Hacia un imaginario de nación

Wladimir Painemal y Pedro Cayuqueo* Periódico Azkintuwe 2003 10 12

Más allá de los aparentes y reales avances del Estado chileno sobre la lucha reivindicativa mapuche, existe hoy la necesidad urgente de repensarnos como pueblo. ¿Qué somos? ¿un pueblo indígena? ¿Una nación? En el presente artículo intentaremos abordar algunas de estas interrogantes, como forma de aportar elementos de análisis a un debate que se hace cada día mucho más necesario y urgente. Vaya entonces este recado confidencial a las nuevas generaciones de mapuches



(Foto de Archivo).

WALLMAPU / El objetivo de este artículo es analizar críticamente y desde un punto de vista político, la situación actual de nuestro pueblo en su relación con el Estado chileno. Las interrogantes de partida son las siguientes: ¿Tenemos futuro los mapuche?. ¿Tiene futuro la idea de un Estado mapuche o una estructura político-administrativa de carácter autónomo? No hay certezas al respecto. Imposible dar una respuesta definitiva, pero de algo estamos seguros: la representación y vivencia de la derrota, la opción de rechazar la autonomía por determinados prejuicios, no puede ser un instrumento de fortalecimiento de identidad nacional y no genera visión de futuro en ninguno de nosotros. Es más, consideramos que dicha actitud fatalista constituye la puerta de entrada a la dominación, fortalece el colonialismo ideológico y ayuda al continuo proceso de invasión de nuestro territorio por parte del Estado y el capitalismo reinante.

Nuestra intención desde estas páginas es que lo político sea una apropiación cotidiana, entendiendo que la política está presente en muchos de nuestros actos, de los cuales casi siempre somos inconscientes. Negar lo político, reemplazándolo por una tendencia culturalista o magnificar la acción directa sin incorporar una reflexión mayor desde lo político y lo cultural, son desviaciones que estamos convencidos debemos dejar atrás, principalmente en lo que toca a las nuevas generaciones de mapuches. No ignoramos asimismo -como antecedente de este

análisis-, el complejo contexto que presenta el cuadro político mapuche actual, caracterizado por la criminalización de nuestras reivindicaciones territoriales.

Han ocurrido hechos públicos de fuerte relevancia para nuestro pueblo y que muestran un escenario a todas luces poco esperanzador. La situación de total impunidad que rodea el asesinato del peñi Alex Lemun, las actuaciones del gobierno en el conflicto por la Represa Ralko, la condena a los lonkos de Traiguén, la entrega del indigenista Informe de la Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato, y la evidente incapacidad de respuesta que tienen los líderes y organizaciones mapuche en la coyuntura, son todos antecedentes que debieran alertarnos. Hoy es el estado chileno, con toda su maquinaria institucional, el que avanza a pasos agigantados sobre el territorio mapuche y eso creemos debiera llamarnos como movimiento a una urgente reflexión.

Dispersión y diversidad del Pueblo Mapuche

Algunos lo pueden llamar “crisis”, para otros es “agotamiento”, pero lo que está claro es que hay algo que no marcha bien. Si muchas organizaciones socio-políticas han permanecido a través del tiempo, no se ha debido precisamente a la efectividad de sus trabajos a nivel de base, sino más bien a la efectiva adopción de una dinámica de carácter cupular y la mayor parte de las veces desligada de aquellos sectores que en teoría pretenden representar. De esta situación, por cierto, no escapan ni siquiera las organizaciones de tipo autonomistas, muchas de las cuales no cuentan a nivel de sus propuestas con una legitimidad efectiva en nuestra población nacional, lo que desemboca generalmente - y más aun en aquellos casos de posturas más extremas- en una acción más testimonial que política y condenada a sucumbir la mayoría de las veces víctima de la indiferencia social y la efectiva acción de los organismos de represión.

Este estancamiento que observamos desde las profundidades históricas del espectro político mapuche, obedece a diversos factores. Por diversas razones, los sectarismos de algunos, gremialismos de otros, culturalismos, dogmatismos, fundamentalismos y otros "ismos" de similar o peor implicancia, no permiten la construcción de un proyecto político común a las organizaciones que componen el heterogéneo movimiento mapuche post dictadura. Más aun, posibilidades de superar viejos vicios se ven todavía lejanos, por cuanto el gobierno actúa sobre estos fomentándolos, generando la dispersión y atomización de nuestras fuerzas conforme a su ya probada estrategia del “divide y vencerás”.

Es un dato conocido la fuerte dispersión que existe entre las fuerzas que conforman el movimiento mapuche. Este es un fenómeno histórico-cultural, con periodos de auge y debilitamiento, llámese así a los referentes principales en determinados periodos Sociedad Caupolicán, Unión Araucana, Ad Mapu, Consejo de Todas las Tierras, Identidad Territorial Lafkenche, Coordinadora Arauko-Malleko o toda organización que se haya levantado a través del tiempo y en las distintas etapas de la dominación chilena. ¿Cuáles son las razones o causas para que estos referentes no se hayan proyectado a través del tiempo? ¿Por qué motivos la articulación generada por estos no se mantuvo y se fue desperfilando paulatinamente? En la actualidad y aun cuando parte importante de las organizaciones existentes pudieran tener propuestas complementarias, ¿Por qué estas instancias organizativas no establecen alianzas bajo una plataforma política común, asumiendo que es la forma y no el fondo lo que muchas veces los mantiene incluso enfrentados en trincheras opuestas? La respuesta necesita muchos otros antecedentes.

Con una dinámica que ha demostrado a través del tiempo poca productividad política y escaso margen de maniobra, el movimiento mapuche se encuentra en un momento histórico clave que definirá su relación futura con el Estado chileno. Pero no basta quedarse en advertencias. Es necesario tratar de identificar aquellos caminos que nos permitan avanzar y retomar de esta forma aquellas posiciones perdidas en la coyuntura. ¿Hacia dónde deben apuntar nuestros golpes y construcciones actuales? La primera pregunta se responde por sí sola. Recordemos que el tema mapuche no fue puesto en la agenda pública a fines de los noventa por aquellas organizaciones seguidistas de las políticas indígenas del Estado, sino más bien por aquellos referentes que centraron sus esfuerzos en atacar dos de los pilares de la dominación, como lo son el modelo económico neoliberal, la inexistencia de una democracia participativa y una institucionalidad que nos niega cualquier atisbo de derechos colectivos. Hacia allí creemos debieran apuntar nuestros golpes actuales y futuros.

La segunda pregunta, sin duda, es más compleja de resolver: ¿Hacia adonde apuntan nuestras construcciones? ¿Hacia la unidad? ¿Hacia la dispersión? ¿Cómo se reconstruye un movimiento capaz de lograr conquistas políticas en un período en que el Estado chileno mantiene y demuestra en los hechos un éxito relativo? Para lograr acercarnos a una respuesta a tal cuestionamiento, primero debemos escudriñar en aquellos elementos recurrentes de nuestra línea política actual y que se presentan, a la luz de los hechos ya mencionados, como necesarios y urgentes errores a enmendar por parte de aquellos sectores que apuestan por la autonomía y no por la integración o el falso reconocimiento, expresado a grosso modo en el reciente Informe de Nuevo Trato. Por lo pronto, abordaremos sólo dos aspectos de este problema: La utilización del concepto de “indígena” y la existencia de diversas tendencias organizativas que obstaculizan la construcción de un proyecto político de nación.

Abandono del concepto de “indígena”

Dentro de la discusión, debate y reflexión sobre el caso de los pueblos que habitaban el territorio conocido como América, se han introducido conceptos de marcado sesgo ideológico para definir el carácter de estos: “indio” e “indígena”, “autóctono” u “originario”, las más actuales. Estas categorías han dejado una profunda huella en el discurso hispano-criollo y también en los propios dirigentes e ideólogos de nuestros pueblos, quienes con buenas o malas intenciones los han asimilado y readecuado a sus propias realidades, retransmitiéndolos más tarde como “ideas fuerza” hacia el conjunto del movimiento político-social y normando a través de su uso el tipo de relación que establecen con las autoridades de aquellas fronteras nacionales que los mantienen oprimidos. "Como indios nos dominaron, como indios nos liberaremos", sería incluso la máxima de importantes organizaciones a nivel continental a comienzos de los 90'.

Un primer acercamiento a este debate ya lo hemos puesto a prueba: ¿Indio o Indígena? “Ninguna de las anteriores -fue la respuesta de un fvtakeche consultado- esa es una discusión que nos legaron nuestro conquistadores, nosotros somos mapuches”. Una discusión anterior, compartida entre estudiantes universitarios antes de publicar este análisis, planteaba al respecto que estamos más cerca de los procesos de lucha como el Palestino o el de los Kurdos (considerando las diferencias contextuales), más que de aquellas experiencias de los pueblos denominados -y autodenominados- “indígenas” o “indios” de América, cuyas formas de organización mayoritariamente obedecen hoy en día a esta lógica indigenista o indianista que

cruza el continente de norte a sur. Es el caso del MIP en Bolivia, del CISA en Perú y de la CONAIE en Ecuador, esta última protagonista de una fallida experiencia de co-gobierno que debiera resultar bastante aleccionadora para todos.

Las nuevas generaciones de mapuches no sentimos ser parte del tan mentado latinoamericanismo indígena, ni tampoco del manoseado indigenismo o mestizaje del que hacen alardes en sus textos investigadores de la talla de José Bengoa y hasta el último extranjero radicado o de visita académica por nuestras tierras. Por el contrario, planteamos seriamente que existe una diferencia estructural y cultural marcada con aquellos pueblos “indígenas” que fueron dominados hace 500 o 400 años atrás, otorgando ese antecedente a la lucha de nuestro pueblo un rasgo distinto e inexplorado desde el punto de vista de la construcción ideológica. Valga mencionar que nuestros abuelos y bisabuelos aun recuerdan la crueldad de las fuerzas militares chilenas y argentinas en el territorio, la época del pillaje y la posterior búsqueda de refugio en los valles cordilleranos. Los tiempos de la invasión y la pérdida de la soberanía territorial no son tan lejanos para ellos, tampoco para nosotros. Tan sólo es ayer.

Esta discusión respecto de lo “indígena” y lo “indio”, por cierto, no es trivial. Bajo el alero de lo “indígena” el Estado-nación chileno y su institucionalidad construyen una serie de discursos y acciones de un sesgo integracionista y negador que desconocen los derechos políticos, sociales, culturales y económicos que le son anexos a un pueblo, otorgándonos por el contrario sólo la posibilidad de acceder a una serie de “convenios especiales” y declaraciones de segundo orden que carecen la mayor parte de las veces de efectividad en la particular jurisprudencia latinoamericana. El caso de los impunes atropellos a que son sometidas en la actualidad las comunidades mapuches de Puelmapu, donde a la fecha existe un reconocimiento constitucional y se ha ratificado incluso el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), resultan más que reveladores al respecto.

Por otro lado, el indigenismo de Estado lleva aparejado otro aspecto de indudable peligro para el fortalecimiento de un movimiento mapuche de corte nacionalitario, como lo es la creación de distintos organismos afines y que le han permitido en la última década contener –y en algunos casos desarticular- buena parte de los sucesivos ciclos de movilizaciones protagonizados por nuestras comunidades. Nos referimos a la institucionalización de la vida mapuche que se produce hoy a través de la CONADI, Programa Orígenes o la acción combinada de los diferentes tentáculos de la administración estatal a nivel comunal y regional. Institucionalizar la vida mapuche ha sido una tendencia histórica del indigenismo como corriente político-administrativa, desde la promulgación de las primeras leyes de colonización, indígenas o nacionales que pretendieron encasillar a nuestro pueblo a normativas divergentes de su propia institucionalidad política.

Los objetivos de esta "institucionalización indígena" -piedra angular del recién estrenado Informe de la Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato- además de encasillar nuestras demandas y reivindicaciones dentro de los estrechos márgenes del “Estado de Derecho”, se han centrado en el último tiempo en levantar nuevos liderazgos, reemplazar dirigencias tradicionales y autónomas por determinados liderazgos funcionales o en fortalecer a caudillos locales con ascendente histórico o ficticio sobre ciertos territorios, como ocurre hoy en día en el caso de los Consejeros Mapuche de la CONADI, pseudo dirigentes de base condicionados cada año por votaciones, parcelas políticas, recursos monetarios y, finalmente, por la venia de un Ejecutivo para nada dispuesto a modificar las actuales relaciones de poder. Creer

que desde esas construcciones indigenistas se resolverá la situación de opresión de nuestros derechos políticos y territoriales, es a todas luces una ingenuidad. Por tanto, es hoy cuando las nuevas generaciones debemos cambiar el discurso y enfocarlo en otra dirección, aquella que quizás nos presentó lúcidamente Manuel Aburto Panguilef en las resoluciones del olvidado XI Congreso Mapuche del año 1932.

Un primer paso en este camino es desechar viejas categorías y asumir que somos un pueblo oprimido por la fuerza, sin apellido y que debe gozar del derecho a conducirse por sí mismo y para sí mismo. La voz mapuche puede y debe ejercitarse para correr en esta pista política mayor. Lo “indígena”, desde su origen, ha sido permanentemente institucionalizado por las políticas del Estado para resolver aquellas contradicciones, casi siempre “problemáticas” para el poder, que desnudan de vez en cuando los pueblos oprimidos que habitan el territorio conocido como América. Lo “indígena” por lo tanto no es el modelo adecuado a practicar ni a defender, nos queda pequeño, incomodo y sus coloridos autóctonos no son de nuestro agrado, huelen a folklore, a institucionalidad ajena y a meras estrategias de "integración respetuosa".

Sea también este un llamado a aquellas organizaciones o instituciones winka que asumen hoy la postura indigenista. Sepan que en el caso mapuche no se trata de un grupo, una tribu, un clan o una etnia, sino de un pueblo que ya no busca la integración o grados simbólicos de reconocimiento, sino más bien su derecho a la libertad. Apuntamos esto porque es un hecho que la política indigenista ha contado históricamente con el respaldo, muchas veces incondicional, de numerosos científicos sociales y políticos chilenos que por este camino encuentran satisfacción a diversas aspiraciones profesionales y políticas. Incluso fuerzas “progresistas” o de izquierda asumen todavía esta postura, legitimando aquel discurso latinoamericanista en donde los “indígenas”, junto con las clases explotadas, debieran avanzar de la mano tras la conquista del poder. No esperamos un mea culpa de estos sectores, pero si es dable esperar que a futuro al menos los mapuche seamos capaces de asumir una postura diferente al respecto.

Es un hecho que el “indigenismo” de Estado no ha resuelto el tema de la dominación de nuestro pueblo, situación estructural que creemos no se resuelve creando nuevas instituciones, ni colocando allí a simbólicos funcionarios “indígenas”, como ocurre hoy en los casos de la CONADI, del Programa Orígenes y del publicitado Ministerio Secretaría General de la Presidencia. El mensaje o señal que queremos enviar desde estas páginas es claro: somos Pueblo Mapuche sin apellidos. Ello implica también un posicionamiento frente al Estado. Si éste quiere una nueva relación, debe comenzar por replantear su política indígena y proponer, más que un ineficiente “nuevo trato”, un nuevo tipo de relación entre ambos pueblos, basada en el reconocimiento formal de nuestros derechos colectivos, usurpados por el actual marco político-administrativo y que cotidianamente son violentados por el modelo económico al cual se han suscrito de manera entusiasta los sucesivos gobiernos de la Concertación.

Hacia un imaginario de nación

Un segundo elemento a discutir son las diferentes “tendencias” que atraviesan el accionar de las propias organizaciones mapuche existentes al interior del Wallmapu, muchas de las cuales encuentran su origen precisamente en el “indigenismo” o en determinadas corrientes político-folklóricas de “ser” y de “asumirse” como mapuches. Aquellas tendencias que han dado origen a las

“identidades territoriales”, los “consejos” o “coordinadoras” de diverso tipo, creemos son sólo las más actuales, herederas naturales de aquellas otras “federaciones”, “asociaciones” o “asambleas” que en otros tiempos componían el inagotable mosaico organizacional de nuestro pueblo. Mosaico que, dicho sea de paso, más que fortalecer y potenciar el movimiento, en la actualidad más bien lo compartimenta y lo incomunica. El caso actual de las llamadas “identidades territoriales”, surgidas del rescate académico de aquellas formas organizativas con las cuales nuestro pueblo enfrentó la invasión chilena a fines del siglo XIX (Bengoa: 1982), resulta a todas luces emblemático al respecto, aun cuando los esfuerzos que desde allí se realizan parecieran apuntar a la “coordinación” y el apoyo mutuo, rectificando de esta forma algunas de las implicancias negativas que conlleva el dividir para sumar.

¿Cómo se hace frente a este proceso de multi-particularización política y territorial? Un paso: territorialidad sobre la base de la idea de nación. No es fácil. Las señales que hoy día se perciben desde el movimiento mapuche no son auspiciosas, ya que ni desde el discurso ni de la acción política concreta se está planteando esta construcción ideológica, cayendo las diferentes propuestas levantadas en una especie de sectarismo territorial a todas luces inaceptable e históricamente anacrónico. El caso de Puelmapu es muy gráfico al respecto, pues actualmente ninguna orgánica desde el Gulumapu plantea hacia ellos un discurso político de unidad territorial y cultural, situación que puede desembocar a futuro en un error geopolítico de insospechadas consecuencias. Otro ejemplo podría ser el caso de las organizaciones lafkenche de Arauco, cuya “Propuesta de Autonomía” entregada al gobierno el año 2001, en pleno auge de las movilizaciones, no dejó de ser exclusiva para ellas como “identidad territorial”. ¿La Patria Lafkenche?

En este punto del análisis queremos resaltar que no sólo la acción del Estado ha logrado retrasar el desarrollo político mapuche, sino que también la acción de nuestros propios dirigentes, divididos por tendencias organizativas y acostumbrados a ver la acción de terceros en sus propios fracasos políticos. Lamentablemente, estas tendencias se van a mantener por un buen tiempo, por cuanto el gobierno conoce de sus debilidades y las fomenta al interior del movimiento. De esta situación no escapan ni siquiera aquellas agrupaciones con propuestas más autónomas y que carecen generalmente de una visión política más amplia, asumiendo prácticas sectarias o hegemónicas que imposibilitan en definitiva se genere una correlación de fuerzas favorable en lo estratégico a una lucha que algunos denominan de “liberación” nacional. Solo cabe esperar que la relación social vuelva a resurgir entre estas organizaciones, cambiando paulatinamente algunos comportamientos asumidos a la hora de “hacer” política y presentarse ante el conjunto de nuestro pueblo con una propuesta inclusiva y de futuro.

El desafío, creemos, es idear formas para ganar posiciones respecto de estos fenómenos, haciendo retroceder aquellas ideas que disgregan a nuestra gente, por muy bien intencionadas que pudieran ser, pero que esconden la mayoría de las veces ansias de poder, caudillismos locales que no le hacen bien a la construcción de una idea de pueblo, de un imaginario de nación con el cual se comprometen cada día y con mayor fuerza las nuevas generaciones de mapuches. Esperamos que este artículo logre entregar elementos para una discusión cada vez más urgente y necesaria. Valga advertir que no son verdades absolutas, sólo reflexiones que surgen desde lo político para compartir. ¿Cómo hacemos crecer la idea de Pueblo, de Nación, como valor humano básico y natural de acción y pensamiento al interior del hoy heterogéneo movimiento mapuche? Tenemos los elementos básicos para

reconstruirnos, también para colocar en el lugar que corresponde al Estado. Esa es la tarea que creemos nos compromete hoy / **Azkintuwe**



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata..](#)

© CEME web productions 2003 -2007 